

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

La socialdemocracia en Europa [Social democracy in Europe]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Crosland, Anthony
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-06-26 01:20:17
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222585

La socialdemocracia en Europa*

Crosland, Anthony

Anthony Crosland: Ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra.

* Texto de la Conferencia dictada en San José, Costa Rica, el 9 de octubre de 1975.

I. Introducción

Los socialistas europeos somos apasionadamente anti-imperialistas en principio. Pero no somos, me temo, nada indulgentes en imperialismo cultural en la práctica. Algunas veces tratamos nuestra socialdemocracia como una clase de industria ideológica de exportación. Habiendo comprobado (como pensamos) la calidad de nuestro producto para consumo local, naturalmente queremos persuadir a otros que lo adquieran para su propio uso. En el proceso, tendemos a ignorar las diferencias políticas, económicas y sociales que hacen que algunas características específicas de nuestro socialismo no sean aplicables a otras situaciones.

Por lo tanto, permítanme decir inmediatamente - que reconozco las profundas diferencias que existen entre los problemas que ustedes afrontan, como gobierno social demócrata en América Latina y los problemas que mis colegas y yo afrontamos, como miembros de un gobierno socialdemocrático en Europa. Tal vez lo más importante es la diferencia que existe entre su economía básicamente agraria y las economías de Europa Occidental fundadas básicamente en el capital industrial. Pero también hay infinidad de otras diferencias. Su distinta cultura política en un continente en donde el gobierno democrático es marcadamente la excepción. Su compleja relación con el inmensamente poderoso Estados Unidos. Su interés vital en un precio alto y estable para sus productos primarios. Y así podría seguir. Estas diferencias me hacen ser cauteloso en no llegar a conclusiones directas para Costa Rica con base en la experiencia de Europa Occidental; ésta es una tarea que les dejaré a ustedes.

II.

Comienzo por hacer la pregunta básica: ¿Cómo debemos definir el Socialismo? No podemos suscribir la falacia que postula que una sociedad socialista ideal pueda decirse que exista, y de allí sacar patrones que puedan ser introducidos tan pronto

como se logren ciertas reformas específicas en un determinado momento. No nos despertaremos súbitamente una mañana, como muchos socialistas revolucionarios del pasado esperaron y anhelaron ingenuamente encontrar que algo llamado "Socialismo" había llegado a la ventana.

Porque la palabra "Socialismo" no es, en ningún sentido, un término descriptivo exacto, con la connotación de una estructura social particular, pasada, presente y ni siquiera en la mente de algún ideólogo.

Más bien, describe una serie de valores, de aspiraciones y de principios que los socialistas desean ver en la organización de la sociedad. ¿Cuáles son estos valores? Creo que esencialmente son éstos:

Primero, una preocupación profunda por el pobre, por el marginado y en general por el oprimido. De ahí que, cuando consideramos las demandas que pesan sobre nuestros recursos, damos prioridad excepcionalmente alta al alivio de la pobreza y a la erradicación de la angustia.

En segundo lugar, una creencia en la equidad. Por equidad entendemos más que una sociedad basada en la igualdad de oportunidades, en lo cual las injustas recompensas serían distribuidas entre los más afortunados en su herencia genética o su ancestro familiar. También entendemos por equidad algo más que una simple redistribución del ingreso. Queremos una equidad social más amplia que incluya aspectos como la distribución de la propiedad, el sistema educativo, las interrelaciones entre clases sociales, el poder y los privilegios de la industria - realmente, todo aquello que contempla el viejo sueño socialista de una sociedad sin clases.

Para nosotros, la división fundamental entre la izquierda y la derecha, entre socialistas y no socialistas, ha sido siempre acerca de la distribución de la riqueza, el poder y el status de clase.

En tercer lugar, un control estricto sobre el medio ambiente, que nos permita lidiar con los explosivos problemas de la vida urbana para planear el uso de nuestro territorio de acuerdo con los intereses de la comunidad y disminuir la creciente divergencia entre el costo social y privado en campos tales como ruido, humo y toda clase de contaminación ambiental. (Este es también un aspecto de la equidad social, puesto que por lo regular los ricos pueden comprar privacidad y protección

de esta clase de problemas; solamente la acción social puede dar la misma protección a los menos afortunados).

Esta no es, necesariamente, una lista exhaustiva; pero cuando escudriño en mi mente, me parece que estas tres metas constituyen la esencia de la socialdemocracia en la década de los setenta.

III.

¿En qué se diferencia, entonces, la socialdemocracia del comunismo? Se diferencia en dos aspectos fundamentales:

Primero, es una tesis acerca de medios tanto como de fines. En particular, rechaza la tesis marxista de que el socialismo requiere, depende y, lo que es más, puede ser definido como la nacionalización de los medios de producción, de distribución y de intercambio. La propiedad de los medios de producción no es, desde nuestro punto de vista, el factor clave que imparta a una sociedad su carácter esencial. El colectivismo, la propiedad privada o una economía mixta son todos compatibles en diversos grados con la igualdad, la libertad, la democracia, la explotación, los sentimientos de clase, la democracia industrial y el crecimiento económico. De tal manera que podemos dirigir nuestros objetivos dentro del marco de una economía mixta, con la propiedad pública tomando su lugar como uno dentro de un número posible de medios para obtener nuestros objetivos. Por supuesto, podría ir más lejos. Una economía mixta es, en mi criterio, esencial para la socialdemocracia. Porque mientras que un fuerte sector público es necesario para darnos el conveniente control sobre la economía, el colectivismo estatal completo es, sin duda, incompatible con la libertad y con la democracia. Esto me conduce a la segunda y más fundamental diferencia - ciertamente, un obstáculo insuperable - entre la socialdemocracia y el comunismo: la socialdemocracia es democrática. Una apasionada preocupación por la libertad, por la democracia y por la ley cubre todas nuestras creencias. Rehusamos aceptar que el socialismo tiene más significación que aquella que le cabe dentro del marco de la libertad del individuo y la democracia representativa.

La democracia está hoy día amenazada, como siempre lo ha estado y siempre lo estará. Los sucesos de Chile han evocado ansiosas dudas respecto al camino democrático hacia el socialismo en América Latina. Los recientes acontecimientos en la India han sido como un "shock" traumático para la socialdemocracia alrededor del mundo. En Portugal, el equilibrio entre la democracia y la dictadura es todavía trágicamente frágil y precario.

Hace menos de un mes el señor Brezhnev anunció públicamente su apoyo para aquellos que siguen una línea dura, tal como Konstantin Zaradov, quien argumenta que cualquier cooperación entre los partidos comunistas y otros es solamente táctica y que los partidos comunistas nunca deben perder su hegemonía sobre la clase obrera en el proceso revolucionario.

Aun en Europa Occidental, existe gran escepticismo acerca de las credenciales democráticas de los poderosos partidos comunistas francés e italiano. Y algunos pesimistas temen las consecuencias que tendría para la democracia una combinación de desarrollo económico lento e inflación rápida en sociedades en donde las crecientes expectativas han convertido las aspiraciones en demandas feroces.

Deseo decir una palabra sobre Italia, que es, después de Portugal, el país de Europa Occidental más seriamente amenazado por el comunismo. Es ingenuo creer que los comunistas italianos sean básicamente diferentes de los comunistas de otros países. Lo que es diferente es su estrategia, su estilo y tal vez también su "récord" como administradores extremadamente eficientes en materia de gobiernos locales. Pero sería un error desastroso para los demócratas en Italia, ya sea de izquierda o de derecha, creer que el "compromiso histórico" propuesto por los comunistas pueda en realidad alcanzarse. Es imposible ver a un partido comunista en el poder, en Italia, que a la larga velara por los principios democráticos. Es imposible imaginar un dominio comunista en Italia sin el gradual deterioro de las libertades civiles básicas, tales como la libertad de prensa. Y, ciertamente, no puedo ver que el Partido Comunista italiano, después de obtener el poder por medios democráticos, ponga a prueba su fuerza electoral en cualquiera otra elección. Porque una acción así no solamente contradiría su teoría marxista de la dictadura de l proletariado, si no que sería sencillamente una estupidez de su parte. Y cualquiera que sean las cosas que pueda uno y deba decir sobre los comunistas, no es posible llamarlos estúpidos.

Estas amenazas y ansiedades deben darnos mayor resolución para defender la libertad. ¿Será necesaria una definición más concreta acerca de lo que entendemos por libertad? Lo dudo. Todos sabemos que en la práctica esto significa expresar libremente nuestros pensamientos, escribir y discutir sin miedo a la censura, apoyar a tal o cual partido democrático y, sobre todo, vivir sin temor y sin policía secreta, sin arrestos, interrogatorios ni torturas. Nuestro sistema y el de ellos, entre Costa Rica y Gran Bretaña por un lado y Chile y la Unión Soviética por el otro, se resume acertadamente en un pasaje de la novela "Archipiélago Gulag" de

Alexander Solzhenitsyn: "Parece virtualmente un cuento de hadas que en alguna parte, en los confines de la tierra, una persona acusada pueda defenderse con la ayuda de un abogado. Esto significa tener a nuestro lado, en el momento más difícil de la vida, un aliado objetivo que conoce la Ley". Simples palabras; pero nunca fue más elocuente un tributo a la libertad y al derecho.

IV.

Si definiendo la socialdemocracia como contraria al comunismo, debo contestar la pregunta común pero superficial: ¿No es una dictadura más eficiente que la democracia? ¿No pagamos nosotros un alto precio, en términos de desarrollo económico, si escogemos el camino de la libertad y la democracia?

Mi respuesta, que afirma dogmáticamente, es: No. Me apoyo en numerables ejemplos históricos.

Cuando yo crecí en la década de 1930, la Gran Bretaña parecía indolente e incompetente, mientras que la Alemania Nazi aparecía como un símbolo aterrador de despiadada competencia totalitaria. Sin embargo, en la Segunda Guerra Mundial, cuando vino el desenlace final, la democrática Gran Bretaña movilizó sus recursos más amplia y eficientemente que la Alemania Nazi y de todas las grandes naciones involucradas en la guerra, la Italia de Mussolini fue sin comparación, la más ineficiente.

En los años inmediatos a la postguerra, muchos de mis colegas europeos se sentían alarmados profundamente por la rápida tasa de crecimiento económico de los países comunistas, que ellos atribuían a la ventaja de la dictadura. Pero, en realidad, si comparamos diferentes países en términos de crecimiento económico no encontramos evidencia de que las dictaduras actúen mejor que las democracias. La Unión Soviética, con su agricultura todavía en una situación desastrosa, se ve forzada a comprar diez millones de toneladas de trigo procedentes de la América capitalista. Las tasas de crecimiento de Alemania y Japón aventajan a las de los países del bloque comunista. Algunos de los menos eficientes - y más corrompidos - países del mundo se encuentran entre las dictaduras. En épocas recientes, regímenes autoritarios tomaron el poder en Grecia y en Chile, con el pretexto de hacer gobiernos limpios y competentes económicamente; ambos regímenes probaron ser una catástrofe.

V.

Entonces: Nuestro lema es "igualdad con libertad". ¿En qué medida, en la práctica, podemos lograrlo?

"El desarrollo gradual de la igualdad de condiciones", escribió Tocqueville, "es, por lo tanto, un hecho providencial y posee todas las características de un derecho divino: es universal, es duradero, elude constantemente toda interferencia humana, y todos los acontecimientos lo mismo que el hombre contribuyen a su progreso".

Eso fue en 1830. Hoy día, estaríamos menos seguros, pues el credo de la igualdad genera oposición violenta.

Primero trato con los oponentes en nuestra derecha.

Durante la década de 1960, los antiegalitarios en Europa parecieron presentir que la historia se movía en contra de ellos. En Gran Bretaña, por lo menos, se mantuvieron quietos. Pero durante el año pasado fueron los privilegiados quienes más duramente fueron golpeados en el frío clima económico actual; han sentido, por tanto, la necesidad de vestirse ideológicamente con ropa más apropiada. Entonces, pregonada por prominentes políticos conservadores, una nueva clase de derechismo ha emergido y proclama abiertamente (en vez de continuar silenciosamente) la virtud y la necesidad de más desigualdad.

Proponentes menos importantes de este tipo de reacción conservadora no han progresado más allá de habladerías. Por ejemplo, el discurso común de plataforma de los políticos conservadores británicos ataca la creencia del Partido Laborista en la igualdad como "la política de la envidia". Esta es la voz auténtica de un discutible privilegio. Porque lo que los conservadores describen como la "política de la envidia" no es más ni menos que nuestro rechazo socialista a las demandas de los ricos por obtener un inaceptable grado de privilegio.

Los conservadores más sofisticados exponen dos argumentos: Primero, arguyen que la mayor igualdad requiere impuestos más altos y expansión del gasto público, así como una burocracia estatal cada vez más extensa.

Más adelante me referiré el gasto público. Pero si debemos tomar en serio los temores acerca del crecimiento del poder del Estado, especialmente debido a la consigna de algunos socialistas en cuanto al continuo crecimiento de nuevas y

gigantescas instituciones bajo control centralizado. No debemos olvidar nunca que un cambio del control privado al control del Estado es socialismo solamente si ese control es democrático; una transferencia de la burocracia privada a la burocracia pública no es, de ninguna manera, una meta del socialismo.

No debemos estar en el negocio de crear interminables gigantes leviatanos operados por ejércitos de burócratas y, por eso, debemos hacer caso a este aviso.

Pero esta advertencia no debe ser dirigida únicamente a la izquierda. El desarrollo del poder del Estado es un fenómeno común a ambos regímenes, de izquierda y de derecha, aunque a menudo por diferentes motivos. Ciertamente, el gobierno conservador británico de 1970-74 no vaciló en hacer uso del poder del Estado y de la ley para propiciar sus objetivos conservadores, y lo mismo he sucedido en otros lugares de Europa y de América del Norte. Por otra parte, la concentración del poder no está confinada al sector público, sino que es típica de la sociedad moderna en general. Y considerar a la General Motors o la ITT como bastiones de la libertad individual en contra de un Estado todopoderoso es un absurdo.

El caso es que nosotros queremos control democrático sobre toda concentración de poder; y aquí la tradición socialista es más relevante que el conservadurismo, el cual está obsesionado únicamente por el poder del Estado.

El segundo argumento en contra de la igualdad está basado en la necesidad de suficientes incentivos financieros en una economía mixta. El nivel de vida de la clase obrera, se dice (correctamente), se puede mejorar más rápidamente por medio del desarrollo económico que por cualquier redistribución concebible de los ingresos actuales. Por lo tanto, si en la Gran Bretaña confiscáramos los ingresos que exceden de \$ 10.000,00 al año - un ingreso razonable de clase media - y distribuyéramos lo recaudado entre el resto de la población, subiríamos sus ingresos por el equivalente de, tal vez, el crecimiento económico normal de un año.

Pero este no es el punto. Porque, al menos en los países avanzados industrialmente, el argumento para más igualdad está basado no en una ganancia material directa del pobre, sino en las demandas de justicia social y nacional. Y la pregunta es: ¿Entran en conflicto estas demandas con la necesidad de incentivo? ¿Han presionado hasta el punto de poner en peligro la eficiencia, como sugieren los nuevos conservadores?

Nadie duda de que debemos equilibrar la necesidad de incentivos con los dictados de la justicia social. El problema es que carecemos de evidencia acerca del grado de recompensas diferenciales que la eficiencia demanda. Algunas personas arguyen que impuestos más elevados sobre las clases altas les hará en realidad trabajar más en un intento por mantener sus ingresos reales. Ciertamente, las comparaciones internacionales no muestran una correlación clara entre los índices de rápido crecimiento, por un lado, y una amplia dispersión del ingreso, por el otro.

Debemos notar también que los diferenciales existentes a menudo no reflejan diferencias en productividad, si no más bien factores de herencia, ancestro familiar y con frecuencia simplemente buena suerte. Sin embargo, mucha desigualdad puede o no ser esencial para la eficiencia. Desigualdades de este tipo no son justas ni necesariamente eficientes. Podemos hacer progresos significativos hacia una mayor igualdad atacando los grandes capitales y los altos ingresos que no tienen relevancia concebible para la eficiencia y para el desarrollo económico.

Por supuesto, mucho de esta discusión sobre incentivos tiene un evidente prejuicio de clase. En efecto, no solamente la clase media necesita incentivos. Desde luego, la clase obrera, cuyo trabajo es intrínsecamente menos satisfactorio, podría necesitar incentivos materiales mayores. Sir Keith Joseph, un prominente conservador británico, en uno de sus discursos a favor de mayores diferenciales económicos, hizo una apasionada petición por mayores recompensas para los empresarios de clase media, a quienes describió como "la gente que se crea úlceras". Aparentemente, nadie le había dicho que la incidencia de úlceras entre la clase media y las clases profesionales era únicamente la mitad de la que prevalecía entre los trabajadores manuales.

VI.

Si la Socialdemocracia revisionista está segura del ataque de la derecha, ¿qué hay del ataque de la extrema izquierda?

A pesar de los gobiernos social demócratas, dicen los marxistas, la desigualdad no ha disminuido. La razón es el poder de la propiedad privada y la solución está en un programa masivo de nacionalización.

En la Gran Bretaña, ha surgido un apasionado debate académico sobre las tendencias de la distribución del ingreso y la riqueza. Libros, artículos y panfletos han aparecido como una inundación torrencial. Tan pronto un lado proporciona

cifras para demostrar que la desigualdad no ha cambiado, el otro lado prueba que se ha reducido hasta el punto de que ha desaparecido.

Afortunadamente, ahora tenemos el primer informe definitivo de la Comisión Real sobre la Distribución del Ingreso y del Capital, presidida por Lord Diamond. El texto consta de 371 párrafos, 59 cuadros y 14 diagramas; por lo tanto, espero que ustedes excusarán que les presente un resumen muy breve.

En lo que concierne al ingreso después de los impuestos, el 10% más alto de los asalariados dominan más o menos el 21,4% del total de ingresos personales, comparado con el 34,6% inmediatamente antes de la guerra. El mayor cambio ocurrió entre los años 1939 y 1959, pero la tendencia ha continuado desde entonces aunque a un ritmo menor. Y, conforme concluye la Comisión Real "Los efectos combinados del sistema de impuestos y los beneficios directos e individuales en especie son ... un mayor factor redistributivo".

En cuanto a la riqueza del capital, el cuadro es muy similar. El 1% más alto de la población posee un 17,4% de la riqueza total (incluyendo todos los derechos de pensión) y el 10% más alto posee un 45,7%. A partir de 1939, la participación del 1% más alto ha decaído muy marcadamente y la del 10% más alto, de manera considerable; y esta redistribución continúa consistentemente.

Esta evidencia estadística confirma nuestras impresiones. Las playas continentales, en el pasado sitios favoritos de los ricos, están ahora atestadas de trabajadores de Alemania, Suecia, Holanda e Inglaterra, quienes disfrutaban de los placeres reservados antes a unos pocos.

El automóvil - esa "bate noire" de los conservacionistas extremistas proporciona una nueva libertad a millones de gente corriente. Mientras tanto la clase media ya no se queja del problema del servicio doméstico, que es parte del pasado, sino de la necesidad financiera inminente de mandar a sus hijos a escuelas públicas, en lugar de colegios privados. No se puede negar la evidencia de una igualdad en aumento.

Aún así, a despecho de Tocqueville, la desigualdad persiste. Me refiero no solamente a la persistencia de la pobreza extrema, aunque es suficientemente real, sino también al excesivo gesto suntuario de las clases adineradas. Y la clase de desigualdad que los estadísticos no muestran - las barreras profundamente asentadas en actitudes y prejuicios de clase - ha resultado más resistente de lo que habíamos esperado a los efectos de la nivelación económica. Estamos mucho más

cerca de nuestra meta que antes. Pero todavía hay un largo camino por recorrer; y esto será un reto permanente para las generaciones socialistas del futuro.

VII. Gasto público e igualdad

Me refiero ahora a un aspecto particular del credo socialdemócrata. Los socialdemócratas tradicionalmente han enfatizado el papel del gasto público para alcanzar metes de bienestar e igualdad. Un crecimiento del gasto público, tanto en términos absolutos como en proporción del PIB, ha sido, en efecto, una característica de todas las economías industriales modernas; pero donde las administraciones de la derecha han recaudado y gastado recelosamente los socialdemócratas lo han hecho gustosamente. Esto se dio particularmente en el periodo de la post-guerra, cuando la brecha entre afluencia privada y el despilfarro público parecía intolerablemente ancha, y todos los servicios públicos que los socialistas deseaban ver desarrollados se encontraban lamentablemente limitados de capital y trabajo.

Hoy día, sin embargo, el desequilibrio es menor evidente. En la Gran Bretaña y en otras partes, el servicio público ha sido el área de más rápido crecimiento en el empleo. El número de maestros, enfermeras, trabajadores sociales y empleados de gobierno, el cual ha crecido a una tasa asombrosa; y la calidad de nuestro capital social se ha mejorado enormemente: nuevas escuelas, hogares para ancianos, centros de descanso y recreación, viviendas construidas por autoridades locales de acuerdo con patrones de primera clase.

Pero este surgimiento del gasto público ha requerido, por supuesto, una restricción en el gasto privado; y los consiguientes aumentos de impuestos sobre la gente trabajadora sin duda alguna han desalentado expectativas y contribuido a la inflación.

Hemos hecho, sin embargo, el doloroso descubrimiento de que un cambio del gasto privado al público no necesariamente incrementa la igualdad.

Vimos claramente que el gasto público puede distribuir bienes de acuerdo con la necesidad y no con el ingreso. Por ejemplo, un Servicio Nacional de Salud puede en principio proveer los servicios del mejor cirujano al paciente más necesitado de sus servicios, en vez del que puede ofrecer los más altos honorarios. Pero concluimos de esto, equivocadamente, que el gasto público era ipso facto igualitario, que siempre estaba financiado por los ricos, mientras sus frutos eran

consumidos por los pobres y, por lo tanto, que cuanto más rápido crecía, tanto más igualitaria era la sociedad que podíamos crear.

Esto se ha tornado, por varias razones, en una supersimplificación. En los servicios sociales, mucho del gasta se ha ido en la creación de grandes burocracias de profesionales de clase media. Donde una vez estuvimos seguros de que una mejor educación les permitiría a los niños de la clase obrera ponerse a la altura de los niños de la clase media, ahora sabemos - gracias al trabajo de Jencs y sus asociados en los Estados Unidos: "...la calidad del proyecto de la escuela depende en gran parte de un solo factor, la índole de los niños que ingresen. Cualquier otra cosa - el presupuesto escolar, sus políticas, las características de los profesores - es secundaria o completamente irrelevante".

Y subestimamos la capacidad de las clases medias para usar sus artes políticas a fin de adjudicarse una porción del gasto público mayor que la que les corresponde. Demandan más recursos para las escuelas en sus zonas; se quejan si tienen que esperar por sus operaciones; demandan que el Estado intervenga para subsidiar el precio de los boletos de ferrocarril de sus hogares al trabajo. Muy a menudo, estas presiones han tenido éxito y, en consecuencia, la distribución del gasto público se ha desviado de las áreas de mayor necesidad hacia aquellos que demandan en forma vociferante.

¿Debemos, entonces, abandonar nuestra creencia en un gasto público elevado? Mi respuesta es claramente: no. Porque la teoría permanece válida; es la práctica la que ha ido mal. Necesitamos reformar la práctica; en las decisiones de nuestro gasto público necesitamos preguntarnos no sólo cuánto sino también a quién. Particularmente, debemos dar una más alta prioridad a aquel gasto social que es inequívocamente progresivo - por ejemplo beneficios en efectivo para los ancianos, los enfermos y los desocupados - y restringir aquel que es regresivo - como el gasto en educación superior y algunas formas de subsidio indiscriminado. Solamente entonces el gasto público jugará el papel progresista que nosotros esperamos que cumpla.

VIII. Crecimiento, propiedad y socialismo

El logro de mayor igualdad sin una intolerable tensión social y una probable disminución de la libertad depende en gran medida del crecimiento económico. Los que están bien han podido aceptar con ecuanimidad razonable una reducción de su nivel de vida relativo, ya que el crecimiento les ha permitido (casi) mantener

su absoluto nivel de vida a pesar de la redistribución. Y un gasto público mucho mayor ha sido posible sin una protesta general de quienes pagan impuestos, porque proviene (por lo menos en parte) del crecimiento económico (aunque ahora la lenta resistencia entre los contribuyentes británicos y la meteórica alza del Partido Glistrup contra impuestos - en Dinamarca nos deben prevenir contra la complacencia excesiva en este punto).

Pero en los albores de la crisis energética, todos los países desarrollados sufrieron un retroceso en su crecimiento económico. Si hubiera una razón para creer que esto es permanente y que estamos entrando a una fase de crecimiento cero, los socialdemócratas estaríamos ansiosos y confusos, pues mientras persista la escasez podemos lograr nuestras metas y cumplir nuestras promesas sin una base de crecimiento saludable.

Personalmente, no creo que el retroceso sea permanente, o que la experiencia posterior a 1972 deba conducirnos a modificar nuestra posición con respecto a la deseabilidad del crecimiento o la posibilidad de alcanzarlo.

Me voy a permitir una breve digresión. El período reciente de crecimiento cero, aunque pienso que será de poca duración, nos permitirá poner a prueba algunas de las nociones de la escuela extrema del medio ambiente de ideología anticrecimiento, tipificadas por el Club de Roma. No pasan bien la prueba. Primero, en la escasez de recursos materiales pronosticada. Efectivamente, la crisis del petróleo nada tuvo que ver con la escasez de recursos físicos, pero si se debió a la existencia de un fuerte cartel del lado de la oferta. Sin embargo, lo interesante es que la respuesta a la crisis ha sido, precisamente, lo que los críticos pro-crecimiento del Club de Roma pronosticaron. El alza de precios ha conducido tanto a una vigorosa campaña para ahorrar energía como a un rápido desarrollo de sustitutos, a tal escala que los países de la OPEP no pueden ni siquiera mantener sus ganancias en términos reales. No hay razón para pensar que lo mismo ocurrirá en otros casos.

En segundo lugar, también hemos visto lo que algunos de nosotros argumentamos contra el Club de Roma: el alto costo de crecimiento cero, incluyendo el costo al medio ambiente. Tomando como ejemplo mi propio Departamento del Medio Ambiente en Gran Bretaña, dos de mis decisiones recientes tendrán un efecto en detrimento del ambiente: una fuerte reducción de los subsidios para el transporte público y la imposición de algunas medidas contra la contaminación. Ambas decisiones fueron la consecuencia directa del actuar paro del crecimiento y las

consecuentes limitaciones del gasto público; y demuestran que necesitamos el crecimiento económico para proveer los recursos necesarios para mejorar el ambiente en sí, aparte de otras innumerables demandas.

Suponiendo que queremos crecimiento, ¿podemos lograrlo en una economía mixta? ¿O requiere, como algunas pocas personas argumentan en Gran Bretaña, un programa rápido y extensivo de nacionalización?

Yo analicé el caso contrario en mi libro "El futuro del Socialismo", publicado en 1956, y de nuevo el año pasado, en mi ensayo "Socialismo ahora". Me parece extraordinario que todavía se necesite discusión en vista del crecimiento sin precedentes y el éxito obtenido por las economías mixtas de Europa Occidental desde la guerra, un éxito que con seguridad consolidará el argumento de una vez por todas.

Además, no creo apropiado proseguir con este asunto en una conferencia sobre la Social-Democracia. Porque entre los partidos social-demócratas de Europa, el Partido Laborista inglés es único en la energía doctrinaria que todavía dedica al problema de la propiedad pública. En el nuevo y extenso programa del Partido Social-Demócrata Sueco, precisamente se hacen dos breves menciones de la extensión de propiedad colectiva. En Alemania, el SPD abandonó la propiedad pública como una meta mayor en 1959, en el famoso programa "Bad Godesberg"; y Brandt y Schmidt han resistido con éxito los intentos de algunos miembros jóvenes del partido para restaurarlo a su antigua prominencia. El Partido Austríaco no hizo ninguna mención de nacionalización en su programa de 13 puntos para su reciente campaña electoral. Inclusive Francia, donde los vestigios del marxismo tienen raíces más profundas, se da más atención a la promoción de la democracia industrial como un medio para cambiar las relaciones de poder, que a la simple transferencia de la propiedad.

Mis propios puntos de vista sobre propiedad pública permanecen inalterables. Creo que es uno de los tantos instrumentos a disposición del gobierno para lidiar contra el poder excesivo del monopolio o contra la subinversión o (como en el caso de la tierra) contra el fracaso para planificar la utilización de un recurso nacional en beneficio de la comunidad. En el contexto latinoamericano, podría servir también otros propósitos; pero en esto no tengo competencia para opinar. Ciertamente, en un contexto británico no remediará la debilidad persistente de la industria de Gran Bretaña, la cual se puede remontar a debilidades básicas de nuestra estructura de

clases sociales conjuntamente con una poca disposición a sacrificar el consumo actual para invertir en el futuro.

El arsenal de un gobierno socialista es un arma útil y cada una de las propuestas específicas de nacionalización en el programa del gobierno laborista británico puede justificarse por sus propios méritos. Pero no existen argumentos válidos de tipo económico y social para plantear un programa masivo de nacionalización. Si algunos miembros de mi partido no lo han reconocido así, el público se les ha adelantado, ya que las encuestas de opinión pública demuestran una inmensa mayoría, entre todas las clases, en contra de más extensiones no especificadas de propiedad pública.

Hay, por supuesto, una amenaza al crecimiento, para la cual ninguno de nosotros tiene una respuesta segura: el amenazante aumento del ritmo de la inflación. Cierto, la inflación rápida no es necesariamente incompatible con el crecimiento acelerado; Brasil es un país en donde ambos coexisten. Pero, ciertamente, las medidas conservadoras ortodoxas para combatir la inflación, es decir, las políticas monetarias restrictivas, reducen el ritmo de crecimiento al crear desempleo y esto ha ocurrido en casi todo el mundo durante los últimos dos años.

Por esto, mucho de los partidos socialistas europeos, aunque no todos, prefieren la alternativa de políticas de precios e impuestos, como estamos haciéndolo en Gran Bretaña ahora. Tales políticas, administradas con la colaboración de los sindicatos, tienen además la ventaja de transformar las negociaciones de salarios, de una simple negociación de fuerza a un ejercicio en la determinación social de ingresos relativos. Este principio constituye la línea central del pensamiento de la Social-Democracia y, aunque la ejecución de las políticas de ingresos en el pasado lo hacen a uno cauteloso de afirmar demasiado, creo que nuestra política actual en Inglaterra ayudará a remediar la inflación y conducirá, a la vez, a una distribución más equitativa de las remuneraciones.

IX. La Socialdemocracia europea y el votante

No importa cuál sea el veredicto intelectual sobre la socialdemocracia europea, no se puede negar su inmensa fuerza política.

Prácticamente en cada país europeo existe un partido socialdemocrático, ya sea en el poder, compartiendo el poder o compitiendo fuertemente por el poder.

Actualmente en Inglaterra, Austria, Noruega, Suecia, Dinamarca y Malta, los social-demócratas gobiernan solos.

En Alemania Occidental ellos dominan la coalición que gobierna; en Holanda, la dirigen y en Luxemburgo, Suiza y Eire forman parte de ella.

En cuanto a competencia, en 1972 un candidato socialista no ganó la Presidencia en Francia por sólo un 1% y, dentro de los numerosos cambios de la política italiana, los partidos socialistas han estado en el poder y fuera de él.

La Social-Democracia ha tenido, entonces, un enorme éxito en la movilización de apoyo político. Otros partidos más extremistas tienen que depender de condiciones circunstanciales para reivindicarse. Si el pueblo no fuese engañado por la musa media. Si no se ocultara la verdad acerca de nuestra sociedad. Si el pueblo comprendiera la economía elemental; si leyera "El Capital". La Social-Democracia puede depender de hechos inflexibles, de cómo el pueblo ha decidido verdaderamente su comportamiento y completamente ha escogido votar por nosotros. La contraparte del éxito de la Social-Democracia en la Europa Occidental de la post-guerra, ha sido el fracaso del comunismo. Nosotros podemos olvidar fácilmente lo incierto que nos parecía en el otoño inmediato de 1945. Los comunistas habían establecido una influencia brutal en Europa Occidental y parecían estabilizados para lograr eventualmente el poder en Francia e Italia; nadie podía predecir el curso de los acontecimientos en una Alemania derrotada, y aún las democracias más estables no podrían haber sobrevivido un regreso a la baja actividad y desempleo del capitalismo anterior a la guerra.

Hoy, sin embargo, decididamente se ha hecho retroceder la amenaza comunista.

Actualmente sólo existen tres países con partidos comunistas importantes, y en dos de ellos hay señales de esperanza. En Francia, las encuestas actuales de opinión pública indican que Francois Mitterand y el Partido Socialista están en una proporción de 2 a 1 sobre los comunistas; en Portugal, país que observamos con tanta ansiedad, los socialistas de Soares salieron en las elecciones a la Asamblea Constituyente como el partido individual más grande, y en las encuestas recientes de opinión pública resulta menos de un 10% de los votantes apoyando al Partido Comunista. Solamente en Italia han conservado los comunistas casi toda su fuerza de la post-guerra y eso se ha debido en gran parte a otra división desastrosa en el Partido Socialista Italiano, en julio de 1969.

Unas palabras sobre la Internacional Socialista:

El hecho de que yo esté hoy ante ustedes se debe esencialmente a que pertenecemos a una sola organización, a pesar de las diferencias geográficas, culturales y tal vez políticas. La pujanza de la Internacional Socialista, cuyo Secretario General ayudó a realizar esta visita, deja suficiente campo para que los socialdemócratas, en grados relativamente diferentes, puedan reunirse, dialogar y actuar juntos. Conforme se afirma en sus Estatutos, el propósito de la Internacional Socialista es "estrechar las relaciones entre los partidos afiliados y coordinar sus actitudes políticas de común acuerdo". No puedo pensar que haya otra organización internacional que enuncie tan claramente sus principios democráticos. Actualmente la Internacional Socialista es también la organización más fuerte de su clase en el mundo, pues abarca 56 partidos políticos con un total de 17 millones de miembros, una fuerza electoral de 75 millones y 22 gobiernos que rigen una población de casi 200 millones en total en todos los continentes.

X. Conclusión

Señor Presidente, mi desdicha política es ser un optimista de nacimiento.

El estilo intelectual hoy día en el Mundo Occidental es profundamente pesimista, casi congelante. Repitiendo las palabras del economista americano Robert Heilbroner, "Parece haber un sentimiento general de que estamos viviendo un período de agotamiento histórico... El crecimiento económico y los logros técnicos, que son los mayores triunfos de nuestra época, han demostrado ser fuentes inadecuadas de satisfacción y esperanza colectivas... Una sociedad... que se alaba a sí misma en el hecho del consumo individual, finalmente es incapaz de mantener nuestra lealtad".

No obstante, cuando miro más allá de la élite descontenta, encuentro una estampa diferente. Ya sea por observación casual o por encuestas de opinión, no hay evidencia de que la gente esté menos satisfecha que antes, de que tengan menos confianza en que la vida de sus hijos será mejor que su propia vida, de que se haya ahuyentado en general la fe en los partidos democráticos y las instituciones: en efecto, en lugar de volverse hacia los extremos políticos, en casi todos los países europeos una mayoría parece inclinarse en forma creciente hacia el centro.

Es cierto que ha habido algún aumento en la militancia industrial, aunque no sabemos si esto no es más que un producto de una rápida inflación y un

crecimiento lento. Es cierto que hay evidencia creciente de un descontento con la naturaleza autoritaria de la situación del trabajo industrial, aunque esto debe ser bien recibido por los social-demócratas como una fuerza para el avance futuro hacia la democracia industrial. Es cierto, y esto es tal vez lo más peligroso, que el pueblo hace más y más demandas incompatibles (y a menudo irrazonables) sobre el gobierno y se enfadan cuando no se cumplen sus esperanzas.

Sin embargo, creo que el pesimismo actual es demasiado exagerado; pero, lo sea o no, nosotros, los socialistas europeos, todavía tenemos mucho que hacer. Gran parte de nuestras metas tradicionales - el alivio a la pobreza y la búsqueda de la igualdad - permanecen para ser realizadas.

Al mismo tiempo, hay nuevas metas.

En efecto, las contradicciones del capitalismo no son como aquellas que Marx analizó hace 100 años. Hoy día lo que se requiere es el desarrollo de una **democracia industrial** más profunda, un mayor control democrático sobre nuestras burocracias privadas y públicas y el fomento de un sentido más amplio de comunidad y espíritu de cooperación, todo ello combinado con la necesidad siempre presente y perdurable de velar por la defensa de la libertad. Estos son restos que deben levantar el espíritu de los socialistas para sustentar la siguiente etapa en el avance de nuestros ideales. El apoyo del pueblo no ha desfallecido; no fallemos nosotros.